



Las
lágrimas
de la
matrioska

Marisol Ortiz
de Zárate



Las lágrimas de la matrioska

A mis padres, que me mostraron el mundo

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2014, Marisol Ortiz de Zárate, por el texto

© 2014, Marina Suárez, por las ilustraciones

© 2014, Editorial Casals, SA

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Ilustración de cubierta: Mercè López

Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2014

ISBN: 978-84-8343-291-4

Depósito legal: B-29052-2013

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



No sé cómo empezar.

Se supone que esto es un diario.

Fue idea de Marimbo, que dijo:

–Enana, ¿por qué no escribes un diario del viaje? ¡Tu primer viaje sin los padres! Así siempre podrás recordarlo y cuando seas viejita y te aburras de ver la tele, pues hala, a leer el diario y a echar cuatro lagrimitas.

Lo dijo en casa, dos días antes del viaje, y me puse a pensar en ello.

No era mala idea, la verdad. Y a mí me gusta escribir. En clase me dicen los profesores que soy buena haciendo redacciones. De mayor quiero ser escritora de novelas de fantasía, que son mis preferidas, y Marimbo dijo que entonces tenía que empe-

zar a practicar, que nadie se hace escritora así como así, de la noche a la mañana.

Así que me compré este cuaderno.

Es nuestro primer viaje solas. Marimbo y yo vamos unos días a Kiev, la capital de Ucrania, a conocer la ciudad y a conocer la Escuela de Circo. Marimbo va a clases de trapecio y su profesora, que es rusa, siempre dice que la Escuela de Circo de Kiev es la mejor de todas.

Aunque es Europa, Ucrania está muy lejos. Si miras el mapa del mundo, casi parece Asia. Hace años no era un país independiente, como ahora. Formaba parte de un conjunto de países que se llamaba Unión Soviética o URSS, dice Marimbo. Eran comunistas porque el que mandaba era comunista. Y es todo cuanto puedo decir sobre el asunto; yo no sé lo que significa ser comunista.

Es una forma de gobernar, pequeña ignorante, menos mal que estoy yo aquí para dar cultura a este diario.

El viaje lo paga Marimbo con sus ahorros, en casa no han puesto ni un euro. Dijeron que con esto de la crisis no está el horno para bollos. Como Marimbo no tiene muchos ahorros será un viaje mochilero y a mí eso no me parece nada mal. Todavía no entiendo que madre y padre me hayan dejado ir sola con ella, que es una

loca, pero madre dice que Marimbo está muy acostumbrada a los viajes y que cuidará bien de mí. Marimbo dice en cambio que como madre y padre se están separando les venía bien que les dejáramos tranquilos unos días, para que no les veamos discutir y no nos quede un trauma para el futuro. Marimbo es mi hermana mayor, tiene veintiún años (me lleva diez) y se ha movido a su aire por el mundo entero.

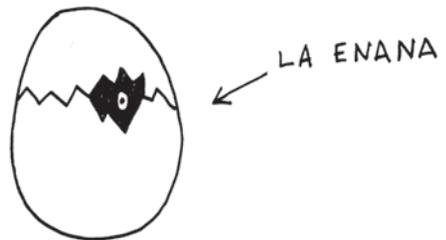
La Enana, en cambio, no ha salido aún del cascarón. Voy a ver si la espabilo un poco.

Ahora estamos en el avión.

Nunca he subido a un avión, también es mi primera vez.

Me hacía ilusión lo de la comida en bandejas que he visto en películas, pero nos han dado un sándwich asqueroso, según Marimbo porque es un vuelo *low-cost*.

Marimbo se ha puesto a hablar en inglés con el chico que tiene a su lado. Se llama Mykola y se parece a esos futbolistas con melena rubia que salen por la tele.



Me aburro.

¿Eeeh? Ahora se han puesto a hablar en otro idioma. Vaya con Marimbo... no sé cómo lo hace, pero habla tres o cuatro idiomas casi bien y además entiende TOOODOS los que existen.

Pues qué amiguitos... Ahora se están pasando sus números de móvil.

Me aburro. Mejor me duermo un rato.



Kiev es una ciudad bonita, pero es rara. Son raras las iglesias pintadas de colores, verde, azul, amarillo, como los columpios de un parque. Son raras las calles del centro, tan enormes que hay que cruzar la carretera por unos pasos subterráneos que están llenos de bares de comida rápida y puestos de flores y tiendas de regalos y mendigos. Son raros los edificios supergrandes con cientos de ventanas todas iguales. Es rara la gente, son raras las letras del idioma que hablan y es raro lo que nos ha pasado hoy por la mañana, pero en parte me alegro de que sea raro porque así puedo escribir algo interesante en el diario.

A ver, lo cuento desde el principio: Mykola, el chico que viajaba ayer al lado de Marimbo en el avión, le

contó que él también conocía la Escuela de Circo. Le dijo que tenía una amiga estudiando allí contorsionismo desde hacía varios años, que hoy era el examen final de los alumnos que terminan y que podíamos ir a verlo si decíamos que éramos amigas de esa chica. Dijo que los exámenes finales son un gran espectáculo de circo y que no nos lo perdiéramos por nada del mundo. Él no iría porque tenía que trabajar, pero dijo que le daba mucha pena.

–¿En serio nos dejarán entrar? –saltó Marimbo, toda motivada.

Aunque que nos dejaran o no nos dejaran entrar no tenía la menor importancia para ella. Marimbo es experta en saltarse taquillas y colas, se coló hasta en el Vaticano, con eso lo digo todo.

Encontrar el sitio nos costó bastante. Era una carpa de circo amarilla instalada en las afueras de Kiev. Mykola nos había dado la dirección en un papel y nos había explicado lo que había que hacer para llegar. También nos dijo que le llamáramos al móvil si teníamos problemas. Tuvimos que tomar varios autobuses, no acertábamos con el bueno. Y es que la gente aquí no ayuda mucho, es bastante antipática (menos Mykola, él no), y todos los carteles que anunciaban las paradas estaban en escritura cirílica, que tiene muchas letras diferentes a las nuestras.

El lugar era como un circo, solo que sin letrero de circo. Había una pista redonda, sin arena, porque no hay ninguna asignatura de animales en la Escuela de Circo. Había filas de asientos en escalera y el techo de lona terminaba en pico. Había hasta bar. Yo juraría que vi taquillas a la entrada, pero Marimbo me agarró, tiró de mí y entramos como si tal cosa. Nadie nos dijo nada.



El espectáculo nos encantó.

La amiga contorsionista de Mykola era una pasada. Se doblaba como si fuera de chicle. No sé qué nota le pusieron, pero debió de ser muy buena porque se le cayeron lágrimas de emoción cuando uno de los que examinaba habló por el micrófono y además le regalaron muchos ramos de flores.

Pero lo que más nos gustó fue un chico y una chica que hicieron un número precioso en el trapecio. No había red debajo y ellos estaban asegurados con una cuerda que se sujetaban a la cintura. Marimbo dijo que así no tenía gracia y que así cualquiera. ¡Qué cara!, como si ella se jugara la vida en cada clase.

Cuando nos marchábamos vimos afuera a un niño que vendía esas muñecas rusas que encajan

unas dentro de otras, cada vez más pequeñas, y que se llaman matrioskas. Tenía varios juegos extendidos sobre un plástico en el suelo y se los quería vender a la gente que salía del circo. No se paraba nadie, pasaban de largo, y el niño parecía bastante triste. Llevaba un pantalón como de cinco tallas más grande y un jersey como de tres tallas menos que la suya. Le daba el sol en toda la cara y achinaba los ojos para que no le entrara tanta luz. Nos dio bastante pena.

Así que nos acercamos.

Había juegos de cinco muñecas y otros de diez. Todos eran diferentes y muy bonitos. A mí me gustan mucho las pintadas en azul, pero Marimbo las prefiere verdes o negras. De haber querido comprar alguno habría sido difícil decidirse, pero como vamos de mochileras no hay dinero para *souvenirs*. Mejor, así no discutimos.

Aunque no pensábamos comprar, Marimbo empezó a hablar con el niño; si no, no es Marimbo. Le encantan los niños, dice que por lo menos quiere tener tres. Lo juro: Marimbo no sabe ucraniano, pero se entendían. El niño no hablaba mucho, pero contestaba educado a lo que Marimbo le preguntaba en ruso (que es muy parecido al ucraniano), en inglés o en nada, solo con gestos: la edad, su nombre, cuánto valían las matrioskas, si era de Kiev... y el niño, que se llamaba Alejandro

Oleksander, si no te importa. Hay que practicar idiomas, Enana.

Vale. Pues el niño, que se llamaba Olek (Oleksander es demasiado largo), le dijo que tenía diez años (aparentaba ocho) y que no era de Kiev, que era de la zona de Chernóbil. Marimbo dijo bajando la voz:

–Chernóbil... la ciudad envenenada. Pero no puede ser, creo que desde antes de que naciera Olek toda esa zona está abandonada.

Marimbo me contó entonces que hace veintitantos años hubo en la central nuclear de Chernóbil una terrible explosión, la más grave de la historia, y todos los habitantes de las ciudades cercanas que no murieron en el acto tuvieron que ser evacuados.

–Pero les había entrado ya la radiactividad en el cuerpo –siguió Marimbo–, y poco a poco enfermaban y morían.

–¿Cómo morían? –dije yo.

–De cáncer. O de otras cosas. Todavía queda radiactividad, por eso Chernóbil está abandonada.

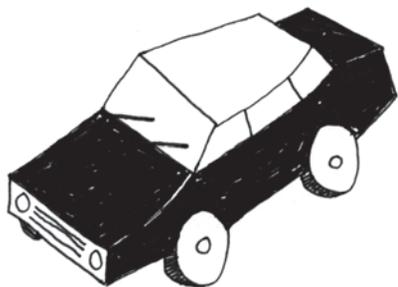
De pronto miramos hacia arriba. El sol había desaparecido y unas nubes muy negras pusieron el cielo muy oscuro. Una gota nos mojó la cara; luego dos, tres... estaba empezando a llover. En un instante diluviaba, porque en Kiev, hasta el tiempo que hace

es raro. Olek empezó a recoger el plástico con las matrioskas y se daba prisa pero no era muy rápido, se le caía todo, y como la lluvia había empezado tan de repente, las muñecas se mojaron y alguna soltó chorretones de colores. Apareció un coche negro y un hombre bajó de él. Se acercó a grandes zancadas levantando furioso los puños. Empezó a reñir a Olek por las muñecas estropeadas mientras le ayudaba de mala gana a recoger el tenderete. No quedaba nadie por los alrededores, la gente había corrido a resguardarse del agua y nosotras nos metimos bajo un toldo. Entonces, con una mano que parecía una pala, soltó tal tortazo en la cara de Olek que casi le tira al suelo. Para qué queremos más, Marimbo se envalentonó y dijo a pleno grito, saliendo de debajo del toldo:

—¡Eh, tú!, no le toques, que no es más que un crío.

Lo dijo muy alto. Y creo que en castellano. Entonces el hombre, como si le hubiera entendido, empezó a caminar hacia nosotras. Yo me asusté de verdad. Tuve miedo por Marimbo, por Olek, y tuve

miedo por mí. El hombre era un ucraniano grande, gordo, con el pelo corto y rubio, y entre los dientes negros y estropeados le brillaba



una muela de oro que enseñaba cuando daba voces. Todo pasó muy deprisa, ahora sé que duró poco rato pero mientras ocurría se me hacía larguísimo. Vi cómo el hombre ponía cara de ogro, vi cómo se acercaba, cómo gritaba escupiendo bolitas de saliva encima de la cara de Marimbo, y que Marimbo no se acobardaba ante él. Vi cómo Olek escribía algo en un papel cuando el hombre no miraba y metía el papel dentro de una matrioska y me la daba con disimulo, pero tan rápido que casi se me cae al suelo.

Luego volvió la normalidad, el hombre dejó en paz a Marimbo y se marchó con Olek y las muñecas rusas en el coche negro.

No soy tonta, sé pillar un mensaje, y Olek quería que escondiera la matrioska por lo menos hasta que el bruto ese desapareciera de allí.

Así que no le dije nada a Marimbo y saqué la matrioska de mi bolsillo solo cuando llegamos por la tarde al albergue. Tenía miedo de que alguien me descubriera, me parecía que toda Kiev estaba llena de ojos que me miraban y manos que me seguían para quitarme la matrioska.

Era la primera y la más grande de un juego de cinco. Lo sé porque los de cinco suelen tener las muñecas más alargadas y estrechas que los de diez y la pintura es más sencilla. Era una muñeca muy

guapa, rubia, con pestañas largas, colorete rosa en la cara y un pañuelo rojo con lunares blancos en la cabeza. Pero había algo en ella que daba tristeza: no sonreía y de uno de los ojos le caía una lágrima. El cuerpo era de fondo negro y le habían dibujado fresas y bellotas y hojas de pino y más cosas. Brillaba tanto que parecía de cristal. La abrí y un papel arrugado cayó al suelo. Marimbo lo recogió y lo extendió para que lo leyéramos juntas. Ponía:

Допомога!
HELP!

¿Alguien puede imaginarse la cara que se nos quedó? Olek pedía ayuda en ucraniano y en inglés. Y la pedía a dos extranjeras. Era tan raro... ¿Por qué a dos extranjeras?

–¡Vaya pregunta! –dijo Marimbo haciéndose la lista–. Pues porque estábamos ahí en el momento adecuado. Y porque estaría verdaderamente desesperado el pobre.

Después examinamos a fondo la matrioska para ver si había alguna pieza secreta, alguna pista más. Como yo soy miope y de lejos veo muy mal si no me

pongo las gafas, pero de cerca veo muy bien, no se me escaparon unas letras en cirílico muy, muy pequeñas que estaban escritas en la tripa de la muñeca, pero por la parte de dentro, donde la madera está sin pintar ni barnizar. Así:

Незакінчений Andreievskiy

Nada más leerlo corrimos a consultar el diccionario de ucraniano de la mochila de Marimbo. La palabra rara quiere decir PENDIENTE, CUESTA, y la otra algo de ANDRÉS. Marimbo dijo que podía ser la marca de la fábrica donde las hacen, o el nombre del fabricante, y que seguramente no tenía nada que ver con el mensaje.

A lo mejor. O a lo mejor no, nunca se sabe.

Dejo de escribir porque me duele la mano y porque Marimbo dice que si no me doy prisa baja ella sola a cenar y se come lo suyo y lo mío. Todo.

